

AUTORA BEST SELLER DE USA TODAY

SARAH
MORGAN

Vacaciones
en los
Hamptons



«Un poco dulce y muy sexy».

—Booklist

¿La escapada veraniega perfecta?

Felicity Knight, paseadora de perros profesional, adoraba Nueva York... hasta que su exmarido empezó a trabajar en la clínica veterinaria de su barrio. Hacía diez años que no veía a Seth Carlyle, pero bastó un vistazo a aquel atractivo hombre que seguía siendo demasiado bueno para ella para que el corazón de Fliss sufriera como si su matrimonio se hubiera roto el día anterior. Por eso, cuando su abuela le dijo que necesitaba ayuda en los Hamptons ese verano, le pareció el modo ideal de escapar de su pasado.

Su relación solo había durado unos cuantos fogosos meses, pero el veterinario Seth conocía a Fliss y sabía que, si había huido a los Hamptons, era porque sentía todavía la conexión que había entre ellos y eso le asustaba. La había dejado escapar una vez, pero ese verano no repetiría el error. Con ayuda de su adorable perrita, Lulu, y un poco de magia, estaba decidido a hacerle entender a Fliss que nunca había dejado de quererla.

Para Flo, con amor y agradecimiento por toda su percepción sobre lo que es vivir como hermana gemela. Eres la mejor.

*El corazón humano tiene tesoros ocultos,
En secreto guardados, en silencio sellados;
Pensamientos, esperanzas, sueños, placeres,
Cuyo encanto se rompería si fueran revelados.*

Charlotte Brontë

Prólogo

Aquel tenía que ser el peor decimoctavo cumpleaños de la historia.

Fliss corría por el descuidado jardín que envolvía tres lados de la casa de la playa. No sentía el picor afilado de las ortigas ni el latigazo de la larga hierba en las pantorrillas desnudas, porque ya sentía muchas otras cosas. Cosas más importantes.

La vieja verja roñosa le raspó la cadera cuando salió por ella. La tristeza daba alas a sus pasos cuando tomó el sendero cubierto de hierba que cruzaba las dunas en dirección a la playa. Nadie la alcanzaría ya. Encontraría un lugar lejos de todos. Lejos de él. Y no volvería a casa hasta que él se marchara. La tarta de cumpleaños quedaría intacta, con las velas sin encender y los platos sin tocar. No habría canción ni brindis ni celebración. ¿Qué había que celebrar?

La furia lamía los bordes de su tristeza y, por debajo de la tristeza y la rabia, había dolor. Un dolor que se esforzaba mucho por no mostrar nunca. «Jamás dejes que un matón vea que tienes miedo. Nunca te coloques en una posición tan vulnerable». ¿No era eso lo que le había enseñado su hermano? Y hacía mucho que ella había descubierto que su padre era un matón.

Si tuviera que describirlo con una sola palabra sería «enojado». Y ella jamás lo había entendido. Se enfadaba de vez en cuando, y su hermano también, pero siempre había un motivo. Con su padre, en cambio, no había motivo para

el enfado Era como si, al levantarse por las mañanas, se duchara con ira en lugar de con agua.

En su cabeza repetía una y otra vez dos palabras al ritmo de sus zancadas. «Te odio. Te odio. Te odio...».

Sus pies pisaban la arena, el viento movía su cabello. Respiró hondo. El aire sabía a mar y a sal. Cerró con fuerza los ojos para reprimir las lágrimas e intentó sustituir el sonido de la voz de su padre con el ruido familiar de las gaviotas y de las olas.

Tendría que haber sido un día perfecto de verano, pero su padre tenía la habilidad de chuparle la luz al día más soleado y ningún día estaba exento de eso. Ni siquiera el día en el que ella cumplía dieciocho años. Él siempre sabía cómo hacer que se sintiera mal.

Intentó correr más para dejar atrás sus sentimientos, con el aliento desgarrándole el pecho y el corazón golpeándole como puños en un saco de boxeo.

«Solo causas problemas. Eres una inútil, no sirves para nada, una estúpida...».

Si era tan inútil como él creía, seguramente debería meterse en el mar y no salir más, pero él se alegraría de librarse de ella, y Fliss no tenía la menor intención de hacer nada que pudiera alegrarle.

Últimamente se había esforzado por estar a la altura de la baja opinión que tenía de ella, no porque quisiera causar problemas, sino porque las normas de él no tenían ningún sentido y era imposible complacerlo.

Lo más cruel de todo era que él ni siquiera tendría que estar allí.

Los meses de verano eran su oasis de tiempo sin él. Tiempo que ella pasaba con sus hermanos, su madre y su abuela, mientras su padre se quedaba en la ciudad y se llevaba su ira al trabajo todos los días.

Fliss amaba esas semanas preciosas cuando la luz atravesaba la oscuridad y en la casa solo entraban sol y risas. Se acostaban tarde y por las mañanas se sentían más lige-

ros y felices. Algunos días se llevaban el desayuno a la playa y lo tomaban al lado del mar. Esa mañana, el día de su cumpleaños, habían elegido una cesta de melocotones maduros. Ella se estaba limpiando el jugo de la barbilla cuando oyó las ruedas del coche de su padre aplastando la grava de la casa de la playa.

Su hermana gemela había palidecido. Había soltado el melocotón que tenía entre los dedos y este había caído sobre la arena y dejado de resultar apetitoso. «Como mi vida», había pensado Fliss, ocultando su consternación.

Su madre había reaccionado con pánico, poniéndose los zapatos a toda velocidad e intentando al mismo tiempo domesticar el pelo rubio agitado por el viento con una mano que temblaba como una rama de árbol en una tormenta. En verano era una mujer diferente. Los que no conocieran a su familia podrían pensar que ese cambio se debía al ritmo relajado de la vida en la playa, pero Fliss sabía que se debía a que estaban lejos de su padre.

Y ahora él aparecía allí para entrometerse en su idílica playa.

Su hermano, tranquilo como siempre, había asumido el control de la situación. Había dicho que seguramente sería un repartidor. O un vecino.

Pero todos sabían que no era un repartidor ni un vecino. Su padre conducía igual que hacía todo lo demás, con rabia, pisando el acelerador y haciendo volar la grava en todas direcciones. La ira era su tarjeta de presentación.

Fliss sabía que era él, y el sabor dulce del melocotón se volvió amargo en su boca. Estaba acostumbrada a que su padre le arruinara la vida, pero ¿ahora le iba a arruinar también el verano?

El cielo azul sin nubes resultaba plomizo y ella sabía que arrastraría su malhumor como una pesada cadena hasta que se marchara su padre.

Estaba decidida a verlo lo menos posible, razón por la cual había optado por huir a la playa y no a su dormitorio.

Como las chanclas frenaban su avance, se las quitó. Cuando echó a correr de nuevo, sus pies no hacían ruido y sentía la arena fresca y suave en las suelas. En la distancia veía la espuma blanca de las olas chocando contra las rocas y oía el golpeteo y el ruido siseante que hacían al avanzar y al retroceder.

En algún lugar, lejos, oyó que gritaban su nombre y apretó el paso.

No quería ver a nadie. Todavía no. Se sentía sensible y vulnerable. Estaba acostumbrada a guardar sus sentimientos para sí, pero en aquel momento le parecía que no había sitio para todos. Llenaban el espacio alrededor de su corazón y le provocaban dolor de cabeza y escozor de ojos. No iba a llorar. Nunca lloraba. No le daría esa satisfacción a su padre. Si sentía los ojos acuosos, era a causa del viento.

—¡Fliss!

Volvió a oír su nombre y casi perdió el paso porque esa vez reconoció la voz. Seth Carlyle. El hijo mayor de Matthew y Catherine Carlyle. Una familia rica de varias generaciones. Una familia de triunfadores formada por personas inteligentes y decentes. Con clase. Una familia que no tenía nada que ocultar, donde nadie alzaba la voz y los hijos no temblaban de miedo. Estaba segura de que Catherine Carlyle no caminaba pegada a las paredes para no llamar la atención de su esposo y no podía imaginar de ningún modo a Matthew Carlyle alzando la voz. En aquella casa, los platos serían un recipiente para comer, no un arma arrojadiza. Y estaba segura de que Seth nunca avergonzaba ni enojaba a su padre. Era el hijo ideal.

También era amigo de su hermano. Si descubría que estaba disgustada, se lo diría a este y Daniel se colocaría una vez más entre su padre y ella. Su instinto protector lo había puesto en la línea de fuego más veces de las que Fliss quería contar. No le importaba que lo hiciera por su hermana gemela, porque, cuando Harriet se ponía nerviosa, tartamudeaba tanto que no podía hablar por sí misma, pero Fliss

no quería que lo hiciera por ella. Podía librar sus propias batallas y en aquel momento le apetecía combatir hasta la muerte.

Siguió corriendo, sin hacer caso de la voz de Seth. Sabía que no la seguiría. Volvería con su grupo a seguir jugando al *vóley playa*, o quizá a hacer *surfing* o a nadar. Las cosas que había planeado hacer ella ese día, antes de que llegara su padre sin avisar a pasar el fin de semana y lo estropeará todo.

Corrió hasta que llegó a las rocas. Se subió a sus bordes afilados sin detenerse y sin hacer caso de un pinchazo fuerte en la palma de la mano y aterrizó en la arena suave del otro lado.

Había ido a aquella parte de los Hamptons desde pequeña y los días pasados allí con sus hermanos y con su abuela le habían proporcionado los únicos recuerdos felices de su infancia.

—¿Fliss? —era Seth de nuevo, y esa vez su voz sonaba más profunda, más baja, más próxima.

¡Maldición!

—¡Déjame en paz, Seth!

Él no lo hizo. Cruzó las rocas, ágil y atlético, tapando el sol con sus hombros. Solo llevaba pantalones cortos de surf. Su pecho era grande y fuerte, con gotas de agua brillando en él. Estaba en el equipo de natación de la universidad y los cuatro veranos que había trabajado como socorrista lo habían vuelto musculoso. En la isla todo el mundo sabía que Seth Carlyle había arriesgado una vez su vida para salvar a dos niños que no habían hecho caso de las advertencias y se habían adentrado en el mar con una colchoneta hinchable. Seth era así. Siempre hacía lo correcto.

En cambio ella siempre hacía lo que no debía.

Había pasado el verano oyendo a las otras chicas suspirar por Seth, y no era nada difícil entender lo que veían en él. Era listo, agradable y seguro de sí mismo sin resultar chulo. Y sexy. Increíblemente sexy, con aquel cuerpo fuerte

y una piel que adquiriría un tono dorado al primer contacto con el sol. Su cabello y sus ojos eran muy oscuros, herencia del lado paterno de la familia, de origen italiano. Tenía la misma edad que el hermano de ella, por lo que resultaba demasiado mayor para Fliss. A su padre le daría un infarto si salía con alguien cinco años mayor. «Las chicas de tu edad tienen que salir con chicos, no con hombres».

Viendo acercarse a Seth, sintió que se le tensaban los músculos. Al parecer, su libido no había recibido el mensaje de advertencia. O eso, o la atracción sexual no respetaba edades.

O quizá lo deseaba porque sabía que a su padre le daría un ataque.

Él se detuvo delante de ella.

—¿Qué te pasa?

¿Cómo sabía que le pasaba algo? Fliss había tenido años de práctica en ocultar sus sentimientos, pero Seth siempre parecía ver a través de las capas protectoras que ocultaban la verdad a todos los demás.

Harriet y ella solían decir en broma que él parecía una máquina de rayos X o un escáner, pero la realidad era que se trataba de un chico terriblemente intuitivo. O quizá sería más apto decir que él era intuitivo y ella tenía miedo.

Si hubiera querido que la gente supiera lo mal que se sentía la mayor parte del tiempo, se lo habría dicho.

—No me pasa nada —contestó.

No mencionó la pelea con su padre. Nunca hablaba de eso con nadie. No quería que la gente lo supiera. No quería compasión, no quería lástima y, sobre todo, no quería que la gente supiera lo mal que le hacían sentirse esas peleas con su padre, no solo porque había aprendido a ocultar sus sentimientos, sino también porque una parte de ella temía que decir en alto esas palabras sería darles credibilidad. No quería poner voz a la desagradable idea de que quizá su padre tuviera razón y ella fuera tan inútil como él creía.

Pero Seth no se conformaba tan fácilmente.

—¿Estás segura? Porque no pareces una mujer que esté celebrando su decimoctavo cumpleaños.

«Mujer».

La había llamado mujer.

Fliss se sintió mareada. Y tuvo la impresión de que se evaporaba la diferencia de edad y el aplomo y la fuerza reemplazaban a la duda y la inseguridad.

—Quería estar un rato a solas —dijo.

—¿En tu cumpleaños? Eso no me parece bien. Nadie debería estar solo en su cumpleaños, y mucho menos en el de los dieciocho.

Hacía años que se conocían, pero aquel verano habían intimado más que nunca. A diferencia de su padre, a Seth nunca parecían molestarle sus ocurrencias. Una noche en la que había decidido salir a nadar desnuda muy tarde, su hermana le había suplicado que no lo hiciera, pero Seth se había limitado a reírse. No la había acompañado, pero la había esperado en las rocas hasta verla regresar sana y salva. Porque Seth Carlyle siempre hacía lo correcto.

Aun así, no la había juzgado ni sermoneado, simplemente le había tendido una toalla y se había tumbado en la arena como si hubiera terminado su trabajo. Nunca la había tocado y ella había deseado un millón de veces que lo hiciera, aunque sabía que la cuidaba porque era amigo de Daniel y una persona responsable.

Se descubrió deseándolo una vez más. Lo cual, en su opinión, probaba que ella era cualquier cosa menos una persona responsable.

Para estar segura de no ceder a la tentación y abrazarlo, se abrazó a sí misma.

Él bajó la mirada.

—Te has cortado la mano. Deberías tener más cuidado con esas rocas. ¿Te duele?

—No —ella se puso la mano a la espalda. En parte quería que él se fuera y en parte quería que se quedara.

—Si no te duele, ¿por qué lloras? —preguntó él.

¿Estaba llorando? Fliss se pasó el dorso de la mano por la mejilla y descubrió que estaba húmeda.

—Me ha saltado arena a los ojos cuando corría —dijo.

Él creía que lloraba por las heridas que estaban a la vista.

No sabía que había heridas que ella tenía escondidas.

—¿Por qué corrías? —preguntó Seth.

Le puso las manos en los brazos y tiró de ellos con gentileza. Le volvió las manos para examinarlas. Sus dedos eran grandes y fuertes y la mano de ella parecía pequeña en las de él. Delicada.

Fliss no quería ser delicada. Su madre era delicada. Verla lidiar con su tormentoso matrimonio era como ver a una margarita esforzarse por mantenerse erguida en un huracán. Fliss quería ser dura como un espino. El tipo de planta que la gente trataba con respeto y cuidado. Y estaba ferozmente decidida a ganarse bien la vida para no encontrarse jamás atrapada en la situación en la que se había visto su madre.

«Si dejo a tu padre, os perderé a vosotros. Él se aseguraría de que no me dieran la custodia y yo no tengo dinero ni influencia para combatir eso».

Seth bajó la cabeza y ella vio cómo le caían los mechones de pelo moreno sobre la frente. Ansiaba tocarlos, deslizar los dedos a través de ellos para sentir su suavidad en las manos. Y quería tocar también los músculos fuertes de sus hombros, aunque ya sabía que esos no serían suaves, sino duros y fuertes. Lo sabía porque el verano anterior alguien la había tirado al agua y Seth la había sacado. Y estar en sus brazos era algo que ninguna chica olvidaría fácilmente.

Nerviosa, subió la mirada al rostro de él. Su nariz tenía un ligero bulto, debido a una lesión de fútbol del verano anterior, y tenía también una cicatriz en la barbilla, de cuando se había dado de cabeza con una tabla de surf y habían tenido que darle catorce puntos.

A ella eso no le importaba. En su opinión, Seth Carlyle era la perfección personificada.

Había algo que lo diferenciaba de los demás. No era solo que fuera más mayor, era más bien su seguridad. Sabía lo que quería. Se concentraba en ello y conseguía que hacer lo que debía resultara sexy. Estudiaba Veterinaria y Fliss sabía que esa profesión se le daría bien y su padre estaría orgulloso.

El de ella no.

El padre de ella siempre se mostraría desdeñoso, exasperado y enfadado, pero nunca orgulloso.

Y Fliss no quería arrastrar a Seth en la caída.

Apartó la mano y cerró el puño para evitar tocarlo.

—Vete con los otros —dijo—. Estás desperdiciando un buen día de playa.

—No desperdicio nada. Estoy exactamente donde quiero estar —repuso él.

Su mirada se posaba exclusivamente en ella. Y entonces le dedicó aquella sonrisa fácil suya que hacía que Fliss se sintiera como si fuera la única mujer en el mundo. No sabía qué la afectaba más, si el modo en que él curvaba la boca o las minúsculas arruguillas que se formaban en las esquinas de sus ojos.

Sintió cosquillas en el estómago. Después de haberse sentido no querida, era un gran cambio sentir todo lo contrario.

¿Qué ocurriría si le echaba los brazos al cuello y lo besaba? ¿Seth se dejaría llevar y haría lo que no debía por primera vez en su vida? Quizá le quitaría la virginidad allí mismo en la arena. Entonces su padre tendría un motivo real para quejarse.

Esa idea le hizo fruncir el ceño. No quería que nada relacionado con su padre, aunque fuera un mero pensamiento, mancillara su relación con Seth.

—No deberías estar aquí conmigo —ella se echó hacia atrás, se apoyó en la roca y le lanzó una mirada de fiera.

diseñada para espantarlo, pero no funcionó con él.

—He visto un coche fuera de tu casa. ¿Ha venido tu padre? No suele venir en verano, ¿verdad?

Fliss tuvo la misma sensación que si acabara de zambullirse desnuda en el Atlántico.

—Ha llegado esta mañana. Ha decidido darnos una sorpresa.

La mirada de Seth seguía fija en el rostro de ella.

—¿Para celebrar vuestro cumpleaños o para arruinarlo? «Él lo sabe».

Fliss se encogió de horror y vergüenza. ¿Por qué no podía tener una familia normal como los demás?

—No me he quedado a descubrirlo —repuso.

—Quizá quería daros su regalo en persona.

—Eso lo hace tu padre, no el mío —contestó ella, sin apenas ser consciente de lo que decía—. El mío no ha traído regalos.

—¿No? En ese caso, me alegro de haberte traído uno yo —Seth apoyó un brazo en la roca, detrás de ella, y metió la otra mano en el bolsillo del pantalón corto—. Espero que te guste.

Fliss apartó la vista de los bíceps de él para mirar la bolsita de terciopelo de color crema que tenía en la mano.

—¿Tú me has comprado un regalo?

—Una mujer no cumple dieciocho años todos los días.

Otra vez aquella palabra. *Mujer*. Y le había comprado un regalo. Había elegido algo para ella. No lo habría hecho si no le importara nada, ¿verdad?

A la averiada autoestima de ella le vino bien aquello. Fliss se sentía más mareada y aturdida que el día que se había llevado a escondidas una botella de vodka a la playa.

—¿Qué es? —preguntó.

—Ábrelo y míralo.

Ella tomó la bolsa. Conocía el logotipo impreso en color plata y sabía que lo que había dentro no era barato. Harriet y ella pasaban por aquella joyería exclusiva cuando tenían

ocasión de ir a la ciudad, pero los precios les impedían entrar en la tienda. Por supuesto, para un Carlyle, el precio no era un problema.

Fliss sacó el contenido de la bolsita y por un momento olvidó respirar porque nunca había visto nada tan bonito. Era un colgante, una caracola de plata con una cadena de plata. Era el regalo más reluciente y hermoso que le habían hecho jamás.

Olvidó su resolución de mantener las distancias y lo abrazó. Él olía a sol, a sal marina y a hombre. A hombre sexy y apasionado. Y ella recordó demasiado tarde que solo llevaba un pantalón corto minúsculo y una camiseta de tirantes. Por la poca barrera que creaban, era como no llevar nada. Su piel rozaba la de él y le aferraba los hombros. Bajo la piel sedosa y bronceada de él, sentía el bulto de sus músculos fuertes y la presión peligrosamente deliciosa de su cuerpo.

Sabía que debía dejarlo ir. A su padre le daría un ataque si la viera. No le gustaba que fuera con chicos.

Pero Seth no era un chico, ¿verdad? Era un hombre. Un hombre que reconocía que ella era una mujer. La primera persona que la veía de ese modo, y ella decidió que ese podía ser el mejor regalo de cumpleaños de todos los tiempos.

Su padre le hacía sentir que no era nada, pero Seth... Seth le hacía sentir que lo era todo.

—Fliss... —dijo él con voz ronca. Bajó las manos a las caderas de ella y la sujetó inmóvil—. No deberíamos... Estás disgustada...

—Ya no —repuso ella.

Apretó su boca contra la de él para no darle tiempo a decir nada más. Sintió el frescor de sus labios y su sobresalto y pensó para sí que, si él se apartaba, se moriría de vergüenza allí mismo, sobre la arena.

Pero él no se apartó, sino que la atrajo hacia sí con decisión, atrapándola contra la longitud sólida de su cuerpo.